

## EL CANJE DE PRISIONEROS.

SEGUNDA PARTE.

### BELGAS Y MEXICANOS.

I

Marchando hacia el mismo punto  
Y por opuestos caminos,  
Se ven dos grupos que llegan  
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen  
Están con lujo vestidos,  
Arrogantes los caballos,  
Y los jinetes altivos;  
Sus militares arreos  
Por lo nuevo y por lo limpios,  
Muestran que están del Imperio  
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado  
Marchando vienen tranquilos,  
Visten como guerrilleros  
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,  
Ancho sombrero tendido,

Suelta la roja corbata,  
Canana y pistola al cinto.  
El polvo y sudor que cubre  
A los guerreros, indicio  
Es de que por larga senda  
Violentemente han venido.

Al mirar que se aproximan  
Los dos grupos de enemigos,  
Temerosos de un encuentro  
Se separan los vecinos  
A presenciar un combate  
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro  
Que llegan al pueblo mismo.  
Y se forman frente á frente  
Con aspecto tan tranquilo,  
Como si más que adversarios  
Fuerán dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,  
Su ademán franco y pacífico  
Ni da señal de coraje,  
Ni pinta bélico brío;  
Ni una palabra se cruza,  
No se escapa ningún grito  
Y mutuamente se miran  
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,  
Hasta que por los caminos  
De Tacámbaro y Morelia,  
Que son los dos recorridos,  
Se ven venir lentamente  
Dos columnas, y están fijos  
Todos los ojos en ellas,  
Esperando con ahinco

De aquel episodio extraño  
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,  
De polvo los remolinos  
Indican que la vanguardia  
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza  
De poca e. colta seguidos  
Los jefes de opuestos bandos  
Con rostro alegre y festivo.  
Y quizá por vez primera  
Por voluntad del destino,  
El belga del mexicano,  
Que tanto se han combatido,  
En momentos tan solemnes,  
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,  
Es el que mandando vino  
A las fuerzas del Imperio,  
Y del opuesto partido  
Vive el Coronel Linarte,  
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden  
Y departiendo tranquilos,  
Entran juntos á una casa  
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos  
El monótono ruido  
Del paso de los infantes  
Que se acercan á aquel sitio,  
Y acrece más el asombro,  
Y acrece más el bullicio  
Y resuenan carcajadas,

Y alegres voces y gritos,  
Cual si estuviera de fiesta  
El pueblo humilde de Acuitzio.

## II

La plaza del pueblo llenan  
Mochedumbre de soldados,  
Y allí están los prisioneros  
Hechos por opuestas bandos.  
Se cuentan los que han caído  
De belgas y mexicanos,  
Y son más de setecientos  
De todas clases y grados.  
Generales hay algunos  
Como Tapia y como Canto;  
Coroneles cual Villada,  
Borda, Pérez y otros varios,  
Y entre los belgas se tienen  
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente  
Oficiales y soldados;  
En pabellones las armas;  
En reposo los caballos;  
Diligentes las mujeres,  
Entre los grupos cruzando,  
Llevan lo que necesitan  
Allí los recién llegados,  
Y sin hacer distinciones,  
Tan pronto á republicanos  
Como á imperiales atienden  
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza  
Se adquiere por ambos lados

Que todos parecen unos,  
Y al contemplar aquel cuadro,  
Dijérase que son todos,  
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos  
De la guerra el soplo airado  
En aquellos corazones  
Que otras veces palpitaron  
Con sed de sangre y venganza  
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,  
Está festivo el chinaco,  
Cruzan las conversaciones  
Entre los que ayer cruzaron  
Los temidos proyectiles  
La victoria disputando,  
Y hasta se acercan contentos  
Y se agrupan confiados  
Guardianes y prisioneros,  
Y belgas y mexicanos.

## III

De pronto un clarín resuena.  
"Atención": es lo que toca,  
Repiten otros clarines  
Las mismas vibrantes notas,  
Y como inmenso hormiguero  
Miranse las blusas rojas,  
Los severos uniformes  
De oficialidad lujosa,  
Confundidos y revueltos  
Como en agitadas olas  
Que corren buscando cauce  
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos  
En batalla silenciosa,  
Como esperando el combate,  
Ambas tracciones se forman.

Los prisioneros al frente,  
Que-si en su rostro se nota  
Expresión de regocijo,  
De sus labios no desborda  
Ni una risa que interrumpa  
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen  
Entre las filas vistosas,  
Y el Jefe republicano  
Proclama con voz sonora,  
Que va á celebrarse el canje  
Ya convenido en sus notas  
Entre el Mariscal de Francia,  
Bazaine, que en México mora,  
Y Riva Palacio, el jefe  
De los soldados que forman  
El Ejército del Centre;  
Que en aquella misma hora  
Quedan libres y á su campo  
Pueden volver sin zozobra,  
Los que en guerra prisioneros  
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado  
Se declara que recobran  
La libertad absoluta  
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte  
De hablar, cuando se desborda  
El júbilo estrepitoso  
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan  
 Con efusión ciega y loca;  
 Los que van y los que vienen  
 Se abrazan gritan y gozan;  
 Los destrozados vestidos  
 Ajenas lágrimas m'ijan  
 Los kúpis tirán al aire,  
 Cantan; aplauden sollozan  
 Y todos con un acento  
 Y con voz atronadora.  
 Llanzan vivas entusiastas  
 A México y al que logra  
 Libertarlos de la muerte,  
 Y al lograrlo se colocan  
 A la altura de los héroes  
 Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!  
 Repiten todas las boca;  
 ¡Que viva México gritan  
 Con entusiasmo las tropas,  
 Y belgas y mexicanos  
 En la expansión más hermosa,  
 Se abrazan y se confunden  
 Y hermanos son en tal hora,  
 Sobre aquellos mismos campos  
 Que baña el sol de la Gloria.

## IV

Muchas veces en el mundo,  
 Centro de horribles batallas  
 Por ley injusta y adversa  
 Todas sus pompas la fama  
 Se las niega al que perdona  
 Y se las presta al que mata;  
 Pero al correr de los siglos

La historia imparcial aclara  
 Cuáles actos enaltecen  
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre  
 Queda con sangre manchada  
 Y no así la que redime,  
 La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente  
 En la tierra michoacana  
 Hermosos y verdes lauros  
 La Posteridad le guarda:  
 ¡Lauros que arrancó á la gloria  
 Con la plama y con la espada!

En el cielo de su vida  
 Todas las nubes son blancas,  
 Su amor en la paz un libro,  
 En la guerra la montaña,  
 En el poder la justicia,  
 La honra en su hogar en calma  
 Y en todos sus pensamientos  
 La grandeza de la Patria!

## Los Mártires de Uruapan.

(21 DE OCTUBRE DE 1865.)

A MI EXBELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO  
MANUEL A. MERCADO.

### I

Hay un verjel escondido  
En pintorescas montañas,  
Que lo coronan las flores  
Y lo acarician las auras;  
Dando al collado que cruzan  
Del Capatitzio las aguas,  
Aromosa y fresca sombra  
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo  
La nivea flor embalsama  
Al viento que manso gime  
En las ojas esmaltadas  
De los cafetos que ostentan  
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*  
De doble y florida valla,

Se cruzan entretejiendo  
Sus verdes flexibles ramas  
Arboles de opuestos climas  
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores  
Y como música grata,  
Susurran los arroyuelos  
Y murmurán las cascadas,  
Y zumban los chupamirtos,  
Alegres *Zanates* cantan  
Y se plañen las palomas  
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas  
Entre la verde enramada,  
Lucen las *guaris* hermosas  
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo  
La mar sus dientes reclama,  
Que son perlas escondidas  
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro  
El fuego y la luz del alba,  
Y su negra cabellera  
Es la noche aprisionada  
Sobre una morena frente  
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo.  
Templa su fuego y derrama  
Calor, vida y regocijo  
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;  
La pradera dilatada,

La cordillera fragosa  
 Que en su torno se levanta,  
 El torrente que á lo lejos  
 Suelta la lluvia encantada  
 En que convierte sus olas  
 La Sonora catarata  
 Que á sus rocas debe el nombre  
 Popular de *saráracua*.

Son los collados alegres  
 Y son alegres las casas  
 Que entre bosques de naranjos  
 Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza  
 Allí en todo se retrata,  
 Y no en vano le llamarón  
 De toda la nueva España  
 El *paraíso escondido*  
 En la tierra *michoacana*,  
 No hay pincel que lo retrate,  
 Ese verjel es Uruápam.

## II

Una tarde los vecinos  
 De Uruápam ven asombrados  
 A las tropas imperiales  
 Por el Occidente entrando,  
 Y la noticia circula  
 De que fueron derrotados  
 En Amatlán, los valientes  
 Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo  
 No comprende, abrióle paso  
 Al ejército de Mendez

Hasta llegar sin obstáculo,  
 Sin encontrar resistencia,  
 Al lugar donde alojados  
 Estaban los generales  
 Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,  
 Y Salazar, que á su lado,  
 Fueron por el enemigo  
 Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa  
 Las tropas se dispersaron;  
 Más un número crecido  
 De oficiales y soldados,  
 Heridos ó prisioneros  
 Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam  
 Que tras aquel descalabro,  
 Fué para los generales  
 El camino del Calvario,  
 El que entre cerradas filas  
 A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre  
 De hercúlea talla, extremado  
 En las corporales fuerzas,  
 De carácter espartano;  
 Pronto á encender en la ira  
 Y con los débiles manso;  
 Terrible para el combate,  
 Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,  
 No nervudo ni gallardo;  
 Con la cútis tersa y fina,

De color apiñonado;  
Sobre su pequeña boca  
El bigote negro y lacio:  
Vivos y ardientes los ojos,  
Sedoso el pelo ca taño.

Una fiera en la batalla,  
Siempre festivo en el trato,  
Y de carnes muy obeso,  
Perpetuas huellas llevando,  
En ambas piernas, heridas  
Que á sanar nunca llegarón.

Con gran pesadez camina,  
Que andar le cuesta trabajo,  
Y sufre agudos dolores  
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate  
Le llama, fiero y osado,  
Ni sus dolores recuerda  
Ni es su obesidad obstáculo  
Para arrostrar el peligro  
Á los suyos animando,  
Por que en tan graves momentos  
Se siente regenerado,

Con ellos, presos caminan,  
Al general ayudando,  
Villagómez y Villada  
Y Diaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda  
Serenos y resignados.  
A teaga apenas, puede,  
Por sus heridas dar paso,  
Y es Villada quien le deja

El triste, endeb'e caballo  
Que en prueba de gran estima  
El enemigo le ha dado.

Sube el general, más luego  
Sufrer mayores trabajos:  
La montura, por estrecha,  
Da martirio y no descanso,  
Y el animal es tan débil,  
Que camina tropezando,  
Y junto con el jinete  
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes  
Pero no abaten el ánimo  
De aquel héroe que prosigue  
sin un reproche en los labios  
Por la trabajosa via  
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento  
El triste recuerdo ingrato,  
De que en aquella jornada  
Quizá pudieran culparlo,  
Porque cuando en Uruápam  
Se presentó el emisario  
A decir que el enemigo  
Había salido de Pazcuaro,  
En una junta de guerra  
Sostuvo Riva Palacio  
Que era oportuno el combate  
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia  
Tuvo parecer contrario,  
Salazar pensó lo mismo,  
Y entonces quedó acordado,

Entre los tres generales,  
Que se retiraran ambos,  
Y que al instante saliendo  
De Uruápam Riva Palacio  
Marcháse á atacar Morelia  
Sin demora y sin descanso.

Por eso va el prisionero  
Pensativo, y anhelando  
Villada saber la causa  
De aquel repentino cambio  
Al Jefe se la pregunta  
Que le responde en el acto:

- La reflexión que me apena,  
Y me trae contrariado,  
Es pensar en cuán distinta  
Fuera la suerte, si acaso  
Seguido hubiera el consejo  
Que en Uruápam desechámos;  
Ya tal vez hubiera muerto  
Como merezco, en el campo,  
No con tan grandes trabajos  
Para llevarme al cadalso.-

Y al decir estas palabras  
En sus miradas brillarán,  
Por la cólera encendidos,  
Deslumbradores relámpagos.

## III

Como si tranquilas horas  
Dél nuevo sol esperaran,  
Ya sentenciados á muerte  
Y en capilla, quietos pasan  
Su tiempo los prisioneros

Díaz, Salazar, Arteaga,  
González y Villagómez,  
Que á la siguiente mañana  
Van las tropas imperiales  
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo  
Qué horribles crímenes paga  
Y á patíbulo afrentoso  
L'eva la justicia humana,  
Está llena de terrores,  
La ve'an negros fantasmas  
Y parece que á la vida  
Las víctimas inmoladas  
Vuelven en aquellas horas  
Que son como siglos largos.

Pero la postrema noche  
Del que muere por la patria,  
Es limpia cual la conciencia  
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,  
Ni sofocan torpes ansias,  
Huye el terror y una fuerza  
Siente misteriosa el alma,  
Que la eleva y la sostiene,  
La diviniza y la ensancha,

Por eso ven el cadalso  
Como el sollo que prepara  
La Gloria á los que sucumben  
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;  
Todos en sentidas cartas  
Que escriben con mano firme  
Y piensan con mente sana,



Se de piden cariñosos  
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,  
Y el redoble de las eajas  
Les anuncia que ha llegado  
El momento v que no tardan  
Los jefes que han de llevarlos  
A morir.—Está en la plaza  
Formado el cuadro; los héroes  
Recorren con la mirada  
A las tropas, y serenos  
Sin vecilar, sin que nada  
Temor revele en sus rostros  
Ni turbación en sus almas.  
Se colocan, vitoréan  
Con entusiasmo su causa;  
Se yerguen mirando al cielo,  
Escúchanse las descargas,  
Y de los frágiles cuerpos  
Salen las gigantes almas,  
Llevando de aquellas frentes  
Por el plomo destrozadas,  
Como postrar pensamiento,  
La libertad ó la patria.

Uruápan, están tus calles,  
Tus jardines y tus plazas,  
De aquellos héroes augustos  
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes  
Que de tus flores se exhalan,  
El susurro de tus brisas,  
El murmurio de tus aguas,

El canto de tus pa'omas,  
Y el rogir de tus cascadas,  
Son el himno que la Gloria  
En homenaje levanta  
De los que dieron la vida  
Del patriotismo en las aras

Los árboles que flexibles  
Les prestaron sombra grata,  
Renovado han veinte veces  
Sus túnicas de esmeralda,  
Y viva está la memoria,  
Viva, que el pueblo la guarda  
Del sublime apoteosis  
De los martires de Uruápan.

CAPITULO DE RESPONDERIA

## EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GRAL. CARLOS FUERO

I

Como cingulo de acero  
Que flexible va estrechando  
A cada instante los muros  
Del recinto queretano,  
En donde el último esfuerzo  
Con valor desesperado,  
Los defensores del trono  
Hacen en el mes de Mayo;  
Tal se ven los batallones  
Que sin abrigo en el campo  
En ruña y tenaz vigilia,  
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe  
Supremo Maximiliano,  
Que más que trono y corona  
Difiende al i sin descanso,  
Su fama que ve muy limpia,  
Su nombre que ve muy alto

Le acompañan en la lucha  
Los que son más esforzados  
De todos los generales  
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez  
Como buenos han luchado;  
Allí Castillo y Mejía  
Que tienen fama de bravos,  
Sin desmentir esa fama  
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe  
Y cada humilde soldado,  
Se batan como acostumbra  
Batirse los mexicanos;  
Sin medir nunca el peligro,  
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte  
Exige fuerte aduersario,  
Y a revidos sitiadores  
A tan valientes sitiados.

II

El general Escóbedo  
Es de los republicanos  
El primer jefe y lo siguen:  
Corona, que tiene el mando  
De las tropas de Occidente;  
Treviño y con él Naranjo  
Con las del Norte que llegan  
Desde la margen del Bravo;  
Con las del Centro y Gaerrero  
Que manda Riva Palacio,  
Viscaino Jiménez y Vélez;  
La reserva queda á cargo

De Rocha, que, presuroso  
Y oportuno, acude al campo  
En donde el fiero combate  
Se desata encarnizado.

Manda la caballería  
Gu daríama con los bravos  
Mártinez Pedro y Juan Doris,  
Que en la acción del Cimsta io  
Cargó con tan fiero arrojo,  
Que dió asombro á los contrarios

## III

Una tarde, y á la hora  
En que estaban relevando  
El servicio entre la tropa  
Del cuartel republicano,  
Y era de San Luis el sexto  
Batallón, que estaba al mando  
De Carlos Fuero, y se hallaba  
En San Sebastian formado.

Un proyectil enemigo,  
Cerca invisible trazando,  
A los piés del centinela  
Llega, y moviéndose; en rauda  
Y espantoso torbellino,  
Estalla, sin que el soldado.  
Ni muestre en la faz asombro  
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte  
Los fragmentos inf am dos.  
Del bronce, entre nubes densas.  
De polvo y humo, y del brazo  
Del centinela arrebatan  
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,  
En su puesto, sin que un paso  
Atrás ni adelante diers,  
Sin una señal de pasmo.  
El centinela aparece;  
Que grita:—¡Cabo de cuartio!  
—¡Qué ocurre?—se le pregunta  
Y agrega:—¡Estoy desarmado!—  
Otro fusil se le entrega,  
Lo recibe, y muy ufano  
Sigue tranquilo en su puesto  
Sin hacer á nadie caso.

## IV

El hombre de aquel valiente  
La fama llevó en su canto,  
Y habló de Damián Carmona  
A los hijos del Estado  
De San Luis, á quienes hizo  
Este sencillo relato:

“Nació Carmona en el pueblo  
De Mezquitic, y premiaron  
Con un ascenso su arrojo  
Aquella tarde en el campo,  
Ciñeron los pojosinos  
Su frente con verde lauro,  
Y guardan como reliquia  
Su fusil hecho pedazos.

La suerte premiarlo quislo,  
Fin á su existencia dando

<sup>1</sup> El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del Congreso de San Luis Potosí. —NOTA DEL AUTOR

Entre el fragor del combate  
Y á la luz del sol de Mayo."

El pueblo en Dimián Carmona  
Verá un ejemplo preclaro  
De que, para entrar al templo  
De la Fama, es necesario,  
No el timbre de la nobleza  
Ni de la opulencia el fausto,  
Sino el corazón ardiendo  
En un patriotismo santo,  
Que haga despreciar la muerte  
Y ofrecer en holocausto,  
Del deber ante las aras,  
Lo más amante y amado,  
Que a í no se necesita  
Para vencer á los años,  
Ni estatua tallada en bronce,  
Ni templo erigido en mármol.

## HEROISMO MEXICANO.<sup>1</sup>

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas  
En Querétaro han vencido;  
Presos con Maximiliano  
Fueron soldados adictos,  
En la guerra sin fortuna  
Y en el infortunio altivos.  
El vástago de cien reyes  
Perdió con pompas y títulos  
La cabeza y la corona,  
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos  
De prisiones convertido,  
Y jefes y subalternos  
Ni tristes ni pensativos,  
El fin de su causa esperan  
Con los animos tranquilos.

<sup>1</sup> El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

Queda entre los generales  
 Uno anciano y aguerrido,  
 De la bandera triunfante  
 Daro y tenaz enemigo;  
 Arrojado en la campaña,  
 Inteligente, instruido,  
 Incansable conspirando,  
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,  
 Le han su sentencia leído,  
 Y después de que la escucha  
 No queda turbado y livido,  
 Sino que amable y sereno  
 De su triste fin convicto,  
 Llama al jefe que custodia  
 La prisión de está cautivo, (1)  
 Y con voz firme le dice:  
 —Coronel, yo necesito  
 Mi conciencia y mis negocios  
 De prisa arreglar hoy mismo;  
 Podéis para tal objeto  
 Llamar aquí, y os lo pido,  
 Un abogado y un cura  
 Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven  
 De antecedentes muy limpios,  
 Tan bravo como arrogante,  
 Tan discreto como altivo,  
 Vástago de ilustre jefe  
 En ruda campaña herido  
 Lo conoció el prisionero  
 Años atrás, siendo niño,  
 Y allí, su acento escuchando  
 En aquel instante crítico.

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos tus ojos  
 En el general cautivo,  
 Y de esta suerte responde:  
 —Sin ser de vuestro partido  
 Os conozco y os respeto  
 Por pundonoroso y digno.  
 Yo venero en todas partes  
 A los soldados antiguos,  
 Y si son de vuestro temple  
 En su palabra confío.  
 Sabéis que os han sentenciado  
 A muerte; lo habéis oído,  
 Y necesitáis dos hombres  
 Para dejar todo listo,  
 No seré yo quien los llame;  
 Id buscarlos vos mismo  
 Y volved, que aquí os espero;  
 Libre estáis, yo lo permito.—

Quedó el prisionero atónito,  
 Y de sus ojos el brillo  
 Aumentóse con dos lágrimas  
 Brotadas de lo más fatimo.  
 Saltó después, con asombro  
 De centinelas y esbirros  
 Y cuantos salir le vieron  
 Murmuraron del permiso.  
 Pasáronse muchas horas,  
 Horas largas como siglos,  
 Y por fin, con voz vibrante,  
 El campanario vecino  
 Anunció la media noche:  
 —Ya no vuelve—alguno dijo  
 Y el coronel respondióle:  
 —Volverá que yo lo fio,  
 Y si no vuelve yo quedo  
 En su lugar, y es lo mismo.—

¡A poco suenan tres golpes  
Tras ellos resuena el grito  
De "¿Quién vive?" al que contestan:  
"Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero  
Que siempre valiente y digno,  
Esclavo de su palabra  
Iba á esperar el patíbulo. <sup>1</sup>  
Estrechó la franca mano  
Del coronel, conmovido,  
Y retiróse á su celda  
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?  
¿Cuál de los dos? No lo digo:  
Digalo aquel que conozca,  
Que rasgos como el que pinto  
Puede envidiarlos Esparta  
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,  
Dió al prisionero permiso;  
Aun le sirve á la bandera  
A que Juárez le dió brillo.  
Y, como entonces, mantiene,  
Su modesto nombre limpio:  
El General Carlos Fuero,  
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,  
Tan altos hechos publico:  
Es por gloria de esta tierra  
Que adoro amante y rendido.

<sup>1</sup> El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Es por gloria de las armas  
Que á la Libertad dan brillo  
Y es por honrar á los muertos  
Enalteciendo á los vivos.

## UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche  
 En el viejo campanario;  
 Querétaro está en silencio  
 Que sólo turba á intervalos  
 El grito del centinela  
 Triste, sonoro y pausado.

En un antiguo convento  
 Que ya en cuartel trasformaron,  
 Presos en humildes celdas  
 Estan la muerte esperando  
 Miguel Miramón, Mejía  
 Y el noble Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda  
 De vida á los sentenciados  
 Y el Archiduque, que siempre  
 Faé de la forma un esclavo,  
 Llama á Miramón, queriendo  
 Sobre un punto interrogarlo,

Llega el arrogante jefe  
 Obediente á tal mandato;  
 Y órdenes pide gustoso  
 A su infeliz soberano.  
 Este le dice:—Seis horas  
 Nos faltan.—Las voy contando

Pues ya que no tengo sueño  
 He de entretenerme en algo.

— Perdonad que os distrajera,  
 Pero quiero consultaros  
 Cual traje será más propio  
 Para salir al cadalso.

—No entiendo vuestra pregunta.

—Y agrega Maximiliano:

¿Nos vestimos de uniforme  
 O saldremos de paisanos?

Y Miramón le replica:

—Majestad voy á ser franco,  
 Como está es la vez primera  
 Que me fusilan, no es raro  
 Que ignore lo que previene  
 El ceremonial del caso.

Sonriéndose el Archiduque  
 Y agregó con entusiasmo:

¡Miguel, en todo os admiro.....

“Qué valor! ¡dadme un abrazo!”

## EL ULTIMO PUESTO

A MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA

Maximiliano de Hapsburgo,  
ya sin corona ni cetro,  
mira trascorrir las horas  
en su celda prisionero.  
En una noche de Mayo  
á cenar invita ateato  
á Miramón y Mejía  
de su prisión compañeros.  
—“Pronto—dijo el Archiduque—  
juntos al cadalso iremos.”  
“Eso—Miramón responde—  
lo ven claro hasta los ciegos.”  
—“¿No hay esperanza de indulto?”  
—“Podrá ser que allá en el cielo  
nos indulten, pero nunca  
esperéis que lo haga Lerdo.”  
—“Somos tres y como vamos  
al cadalso sobre un cerro,  
se imaginarán las gentes  
que es un Calvario moderno.”  
—“En tal caso—agregó entonces  
Miramón—lleváis buen puesto;

seréis nuestro Jesucristo!

—“¿Por qué?”

—“Porque vais en medio.

Los que estamos mal jugados  
somos yo y mi compañero”.

—“Miguel, siempre los valientes  
á mi derecha estuvieron”.

—“Graciss—respondió Mejía,  
yo de *maladrón* me quedo.

—“¡Nó!—interrumpió el soberano—  
que por un valiente os tengo.

—Paes seré yo quien se quede—  
siguió Miramón—maí trecho.

Es mal papel el de *Gestas*  
y uno ú otro hab'á de hacerlo”

Bajó el príncipe sus ojos,  
lanzó un suspiro su pecho

y dijo á sus dos amigos:

“Ya veremos, ya veremos.”

.....  
Cumplióse el fin la sentencia;  
juntos al cadalso fueron,  
y al pisar el triste sitio  
donde se efectuó el suceso,  
así dijo el Archiduque  
á sus bravos compañeros:  
“Hemos llegado al calvario,  
Miramón quedad en medio;  
á la derecha Mejía  
y yo tomo el lado izquierdo,  
que le guardo hasta en la muerte  
á los valientes su puesto.”